



NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.

REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA		PRECIO DE SUSCRIPCIÓN		NÚMEROS ATRASADOS	
25 números ordinarios.	Ptas. 2,50	MADRID: trimestre.	Ptas. 2,50	Ordinario.	Ptas. 0,25
25 id. extraordinarios.	» 5	PROVINCIAS: trimestre.	» 3	Extraordinario.	» 0,50
		EXTRANJERO: año.	» 15		

La Correspondencia al Administrador, calle del Arenal, 27. Madrid.

SUBORDINACION



La importancia de las funciones que desempeña en las corridas de toros el primer espada, como jefe de las cuadrillas y director de la lidia, está universalmente reconocida, y se tiene por indiscutible la autoridad de mando que dentro del ruedo ejerce. Es una justa compensación á la responsabilidad del cargo.

Desde que hay cuadrillas de toreros organizadas, hace más de siglo y medio, ni una sola vez en ninguna ocasión, ni en parte alguna, se ha puesto en duda siquiera lo que dejamos afirmado: las autoridades en sus antiguos y modernos bandos, reglamentos y disposiciones gubernativas, así lo han hecho constar, hasta el punto de que con nadie se entienden más que con el jefe de las cuadrillas, á nadie amonestan más que á él, y á nadie (fuera de los actos puramente personales por otros ejecutados), castigan con multas ó de otro modo, si no al primer espada: el público á nadie hace responsable del desorden que reine en el Coso más que á ese director, haciéndole frecuentemente severos cargos de una manera enérgica, si no se muestra activo, inteligente y severo con la gente que está á sus órdenes; y ésta ha admitido siempre con gusto esa imposición de mando jerárquico, en primer lugar, porque es forzoso haya entre todos los que se reúnan con cualquier fin, sean de la clase ó profesión que quiera, uno que los presida, que los dirija, y, en una palabra, que los mande; y además, porque han reconocido que aquel que llega á ocupar el puesto de primer espada, tiene más categoría y de derecho le corresponde, lo que de hecho nadie pone en duda. Podrá haber en las cuadrillas, y alguna vez se habrá dado caso de ello, algún picador, algún banderillero que entienda del arte de torear, tanto ó más que aquel espada, pero su deber allí donde ejerce cargo subalterno, le obliga á acatar las órdenes que se le den por su superior, á semejanza de lo que sucede en la milicia, donde el general manda á veces un disparate, y hay que cumplirle aunque cueste la vida á cien infelices.

La idea de la subordinación debe estar de tal manera arraigada en el ánimo del que en el Circo taurino ocupe segundo lugar, que, aparte de la manera de ejecutar la suerte que le esté encomendada, lo cual es peculiar y exclusivo de su inteligencia y aptitud, en nada, absolutamente en nada ha de dar á conocer su disgusto, si le tiene, por ver contrariada su voluntad. Que se le manda ir al toro no hallándose éste en sitio conveniente para la ejecución de una suerte lucida, no importa; allí debe ir y sacar, aconsejado por su entendimiento y capacidad, todo el partido posible de su difícil situación; que se le

impida la práctica de una suerte que presumía había de proporcionarle justos aplausos, tampoco debe importarle; pues debe creer, aunque su amor propio se vea lastimado en cualquier sentido, que el jefe ha visto con más inteligencia lo que á él se le ha ocultado. Precisamente, tanto para la gente de á pie como para la de á caballo, tiene el arte del toreo reglas tan fijás é invariables, que practicándolas bien, es casi imposible salir mal de ellas. Ha podido prohibirse á un picador que salga á los medios ó á la parte de fuera de los tercios de la Plaza, cuando él creía que allí, dadas las condiciones de la res, obtendría buena cosecha de aplausos; pero, ¿quién impide que luego, en otra vara, en sitio adecuado, clave con fuerza la puya en el principio del morrillo, y terciando al mismo tiempo el caballo á la izquierda, salve á éste y despida al toro, echándosele por delante, al tiempo que resuenen los ecos de las palmas que á porfía le tributen ovación muy merecida? ¿Qué ha de importarle á un banderillero que no le dejen correr un toro á sitio determinado, ó hacer con él cualquier jugueteo, si al tomar los palos é irse á la cabeza, logra colocarlos con arte y valentía?

De todos modos, la obediencia al jefe es indispensable, porque, en otro caso, el redondel se convertiría en seguida en lo que generalmente se califica de «merienda de negros». Conque ahora, con esa obediencia (relativa hasta cierto punto) que por lo general existe entre los que de toreros se precian, hay ocasiones en que parece la Plaza un herradero; ¿qué llegaría á suceder si cada uno hiciese lo que le acomodara?

No puede, ni debe resentirse el amor propio de ningún lidiador, porque el director del redondel le aparte de sitio determinado, ó le ordene la salida en busca de la fiera, puesto que por algo y para algo es allí jefe, responsable moralmente de cuanto ocurra. Toreros de fama hemos visto castigados unos y amonestados otros, que han obedecido ciegamente al primer espada, y pasado algún tiempo han recordado con agradecimiento el hecho que por el pronto parecía rebajar su dignidad. Cien veces se ha recordado aquella reprensión del célebre Montes al inolvidable Chiclanero, cuando aquél mandó á éste retirarse al callejón de la barrera, porque al ir á poner banderillas se pasó una vez, sólo una vez, sin clavarlas; y los que vivíamos en Madrid en 1850, recordamos con alegría aquel arranque del mismo Montes, cuando después de pasar de muleta Cayetano Sanz, como él sabía hacerlo, á un buen toro de Veragua, se armó á la muerte, y en aquel momento, le cogió el gran maestro por la cintura, y empujándole al lado derecho, le hizo perfilarse más perfectamente con el testuz de la fiera, diciéndole: «ahora cítele y recíbele», como así sucedió. Juan Gallardo, aquel bravo picador de toros, para quien José Redondo era un ido-

lo, sostenía una tarde competencia con el renombrado José Trigo, apostando los partidarios de uno y otro sobre cuál pondría mayor número de varas á ley, matando menos caballos; y viendo en dos ocasiones que el toro no entraba á la suerte, á pesar de obligarle en regla, llegó al extremo de atar á la garrocha un pañuelo á modo de bandero a, para incitar á la res; pero Redondo tomó las riendas del jaco la segunda vez y le apartó, reprendiendo á Gallardo contra el gusto de sus amigos.

Reconocemos de buen grado que de entonces acá se ha relajado mucho la disciplina, por efecto de diferentes causas, entre las que pueden citarse, como muy principales, la de la poca autoridad que tienen, por falta de carácter y otras cosas, los modernos jefes, para imponerse, y el ningún apoyo que la Presidencia les presta para que sus órdenes se cumplan. Sin embargo, el que se precie de buen director de Plaza, ó aspire á serlo, no debe dejar nunca de solicitar del Presidente que le apoye en su derecho para mandar en los demás lidiadores; para desecher caballos que ya heridos no puedan moverse; para retirar al callejón á los monos sabios, y para todo, en fin, cuanto acontezca en el ruedo, dentro del cual, es el dictador más absoluto que puede existir; que no habrá, así queremos creerlo, alcalde alguno que niegue pretensión tan justa, y deje de ordenar á los alguaciles y demás dependientes suyos que den auxilio al director del redondel, hasta usando de la fuerza, caso necesario. Como que de otro modo resulta la lidia desordenada; el ganado no luce lo que debe, y hasta los areneros y monos sabios se suben á las barbas del primer espada, sin que haya un ministril que, echándosele mano en el acto, los encierre hasta que al día siguiente los presente en la alcaldía para que se les imponga el debido correctivo.

Ha llegado la desobediencia al extremo, y en la Plaza es necesaria mucha subordinación. A la autoridad toca castigar severamente las faltas de disciplina como los demás abusos que se han introducido en daño de las corridas de toros; pero ¿qué no hace nada?

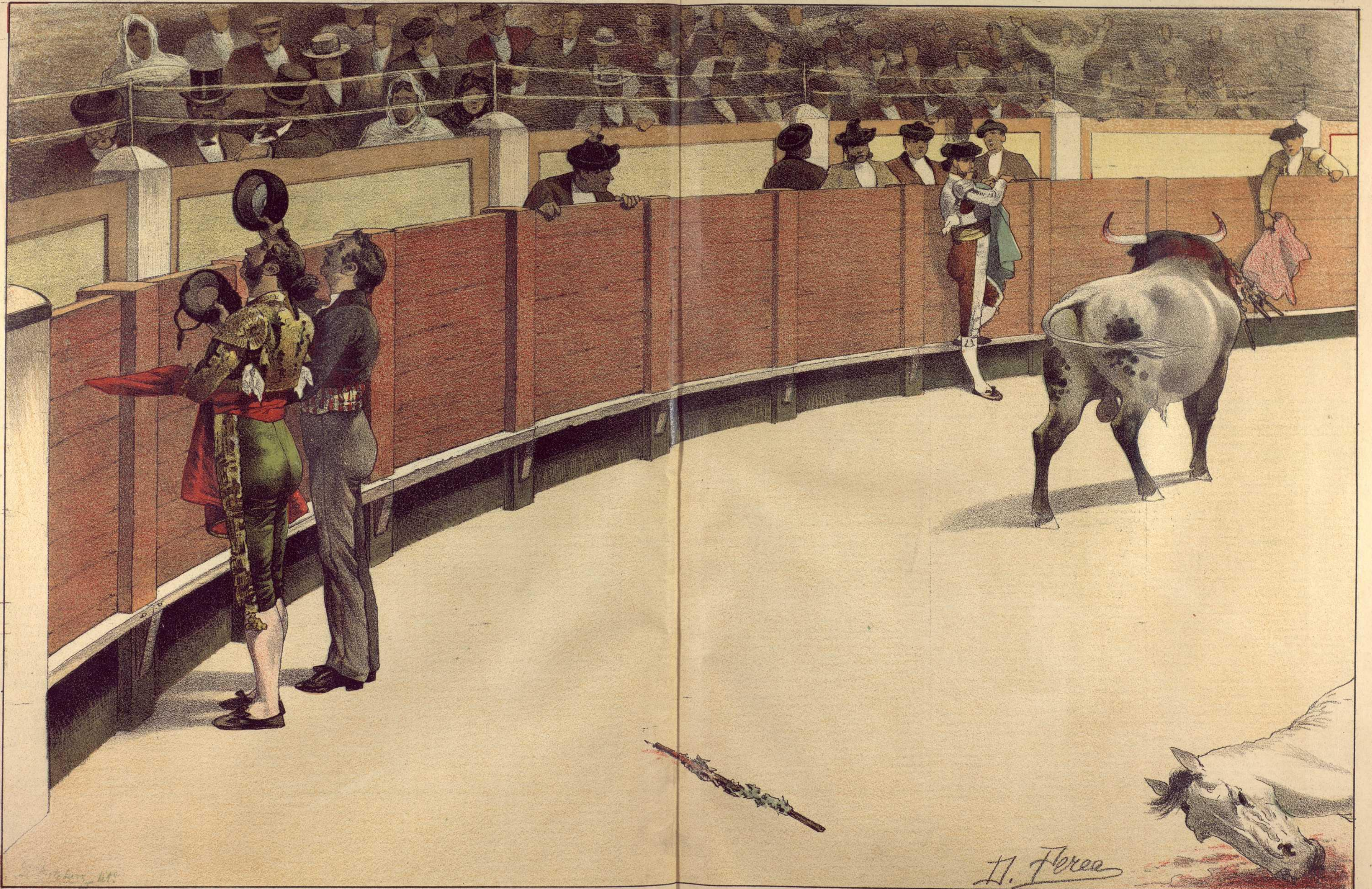
J. SANCHEZ DE NEIRA

NUESTRO DIBUJO



Desde principios de siglo, hasta hace una veintena de años, se guardaban en el toreo los trámites necesarios á toda carrera ó profesión, para llegar al término de ella con completo conocimiento de la materia, y por sus pasos contados. La escuela de tauromaquia de Sevilla, reunía en sus tiempos buen golpe de alumnos, y no era menor el número de los discípulos con que contaba cada uno de los maestros

LA LIDIA



H. Flores

que lidiaban en las más importantes Plazas de la Península, esforzándose aquéllos en asimilarse, tanto las explicaciones teóricas de los profesores de aquel famoso centro, como la manera peculiar de torear de los espadas en ejercicio, y patrocinando éstos de buen grado á los que dócilmente se prestaban á seguir sus consejos.

El aprendizaje era todo lo lento que lo peligroso del oficio requiere, viéndose obligado el aspirante á torero á seguir por muchos meses á la cuadrilla de la que tomaba sus lecciones en calidad de simple espectador ó observador; pero cuando el jefe de ella se permitía al fin darle participación en la lidia, bien podía asegurarse que el neófito sabía infinitamente más que la mayor parte de los que hoy se envanece con la alternativa, sin calcular el alcance que tiene y los deberes que impone el hallarse revestido de semejante carácter.

Como todos los grandes maestros de entonces, Francisco Montes tenía siempre á su alrededor bastantes jóvenes entusiastas y decididos por las luchas del Cozo, esperando el ansiado momento en que el famoso lidiador les diese la nota de aprobación de sus aptitudes, cediéndoles algún torito de nobles condiciones y fácil manejo, conque dar feliz comienzo á sus arduas tareas. Y llegaban con frecuencia esas ocasiones; y cuando el inolvidable diestro, haciendo saltar desde la barrera al redondel á uno de aquéllos discípulos, se dirigía con él á la Presidencia y formulaba la saeramental pregunta, ¿da usted permiso?, ya se sabía que la tauromaquia contaba desde aquel momento con un nuevo y por lo general concienzudo representante.

M. DEL T. Y H.

LAGARTIJO EN ZARAGOZA

Día espléndido, gran afluencia de forasteros; todo favorecía para que la corrida de despedida de Rafael recordara en concurrencia á las grandes solemnidades taurómicas, que como tal puede conceptuarse ésta. Pero sucedió que la poca experiencia del que organizó la función propuso, y la afición dispuso... no ir á la Plaza, para no hacer el «primero». Las cuatro pesetas las pagaron muy pocos aficionados de Zaragoza, teniendo en sus venas sangre torera y predilección por Lagartijo. Buena entrada en tendidos de sombra, mala al sol, demasiada en palcos, floja en gradas y completamente vacía la andanada.

A las dos de la tarde, el papel se llegó á cotizar á peseta y á seis reales. Así es que las opiniones se dividieron: unos juzgaban la fiesta con relación á precios sumamente caros, mientras otros exigían sólo 1,50 de Lagartijo. Los primeros se atrevieron á insultar á Rafael, creyendo que la elevación de los precios era obra suya. Malas nuevas debieron llegar á oídos de Lagartijo—que por cierto está muy sordo— para anunciar á última hora que se lidiaría un toro de gracia. «Después de muerto Pascual, etc.» La corrida empezó á las tres y media. Presidió el Sr. Almerje, que lo hizo bastante mal; pues con su pesadez en varas, dió lugar á que varios toros llegaran huidos á la muerte.

Los Carriquiris.—Demasiado jóvenes y mal presentados. Otros años en Mayo, hemos admirado más finura en el pelo y más volumen en toros de la misma edad. El primer cuatreño fué el mejor de la tarde. A su excesiva nobleza se unió una lidia excelente por parte de la cuadrilla de Rafael, verdaderos atletas, cuando quieren. El toro peleó con bravura y nobleza, y el poder relativo á su edad. El segundo, salió rematando en los tableros, é hizo buena pelea en varas. El tercero fué un buey tonto, sin codicia y saliéndose de la suerte. El cuarto, noble, pero sin codicia ni poder. El quinto, algo blando por el mucho castigo, se conservó noble en todos los tercios. Bastante flojo fué el sexto, que llegó buey á la muerte, y alargaba la *jeta* para darle un disgusto al abuelo; y el último, como de regalo, un buey que se salvó del fuego gracias á la laboriosa brega de la cuadrilla. En junto, los siete toros tomaron 51 varas, y dejaron para el arrastre ocho caballos; y la corrida, por parte del ganado, se puede calificar de desigual y floja.

Lagartijo.—Teniendo en cuenta su tranquilo y la poca verdad que encierra su toreo, en el que predomina la forma sobre el fondo, el trabajo de Rafael fué aceptable y superior, apreciando la merma que sus facultades han sufrido y lo que representa una brega de siete toros. Pasando de muleta no hizo nada extraordinario; pues casi todos los toros presentaron lidia fácil, excepto el sexto, y, sin embargo, el maestro se limitó á dar telonazos y pases por alto, dejando en el olvido los de pitón á rabo, de pecho y otros de mérito. Con el estoque hubo momentos que se salió de cajón.

No coinciden mis apreciaciones con las de cierta parte del público. Yo concedo más mérito á un pinchazo en buen sitio, entrando como el arte manda, que á una estocada caída en el lado contrario, como le resultan muchas á Rafael. Pues bien; esto con ser más claro que el agua, no sucedió en la corrida que critico, y Rafael fué silbado al pinchar muy bien al segundo toro, y aplaudido frenéticamente al ver que un toro rodaba por una estocada de estas últimas.

He aquí las faenas que con el estoque hizo Lagartijo: En el primer toro, una estocada á volapié contraria y caída, por cuarteo. En el segundo, superior pinchazo á volapié, dando tablas y perfilándose perfectamente, y media estocada la delantera, volviendo el rostro. Otra media estocada delantera, con paso atrás y demasiado fuera de cacho, y un certero descabello á pulso, empleó para dar muerte al tercero. El cuarto necesitó dos estocadas: una en los blandos, cuarteando mucho, y una superior, entrando bien. Rafael ganó palmas, sombreros y la oreja. En el quinto estuvo su-

blime; basta con decir que recordó su pasado. En los medios de la Plaza mandó retirar la cuadrilla, y allí, parando—en los anteriores bailó mucho—dió en dos minutos cuatro pases altos y un cambiado, soltando á continuación un magnífico volapié, entrando á la perfección y saliendo algo embarullado. Oyó una ovación como pocas; llovieron prendas y cigarros, y un paisano, el picador *Memento*, bajó al ruedo y besó al maestro, que se ganó la oreja del burel, y, en fin, el entusiasmo duró hasta la salida del sexto, en el que estuvo regular, no bien, como equivocadamente telegrafí. Con el capote, admirable. ¡Vaya unas verónicas que dió al sexto, parando y con elegancia! El toro, embozado, seguía con la vista los vuelos del capote movido con majestad por los brazos de Rafael, digno rival de Cayetano Sanz. Con los palos no hizo gran cosa; colocó dos pares que, aunque buenos, no eran de mérito en el maestro. En la dirección, á ratos bien y á ratos mal.

El último toro fué estoqueado por el Ostión, quien después de un volapié contrario, una estocada horizontal, dos pinchazos y un sablazo, se retiró enfermo al estribo, teniendo que coger los trastos Lagartijo, y matar el toro de una á la media vuelta. Parece que Rafael aconsejó al Ostión en la fonda, después de la corrida, que se retirara del toreo en vista de su mal estado de salud. A la salida, el cordobés fué llevado en triunfo hasta el coche.

Juanillo y Pulga clavaron los mejores pares; y el primero bregó bastante y recortó mucho, siendo babosas los toros. Molina, Cantares y Agujetas, apretaron con las puyas. El de los Gallos, hecho un maula.

El público salió satisfecho; Lagartijo se despidió triunfando, y, á pesar de esto, todos trinaban contra el que organizó el espectáculo y convirtió las taquillas, por arte maravilloso, en verdadera Sierra Morena.

¡Qué desengaño para Lagartijo, ver en el día de su despedida cerca de media Plaza sin ese público que le prefirió á otros diestros y le dispensó sus faltas en la corrida del 4 de Octubre, en que se llenó de aragoneses, no de forasteros, como sucedió en la que reseño!

¡He ahí el resultado de colocar el negocio en manos inexpertas!

EMILIO BOLI.

LAGARTIJO EN BILBAO

El reverso de la medalla de Zaragoza. El público había respondido cumplidamente al llamamiento, pagando las localidades á doble y triple precio, y llenando la Plaza hasta el tope. El entusiasmo era extraordinario, y los espectadores tuvieron que arrepentirse de él al terminar la corrida.

Fué causa principal del mal éxito el ganado del Duque de Veragua, que eligió Lagartijo para despedirse de los aficionados de la invicta villa. Hasta cierto punto, le está bien empleado á Rafael este contratiempo, por la insistencia injustificada de llevar dichas reses á todas partes, haciéndose, como están, más dignas del matadero que de la lidia en coso cerrado. El año anterior tuvo la ganadería una *racha* aceptable; en el presente van tres corridas malas, y celebraremos equivocarnos si al terminar la temporada no tenemos que registrar muchas boyadas con marca ducal. El ganado lidiado en Bilbao era casi utero; pero sin sangre ni nobleza, á pesar de su juventud, é hizo una pelea impropia de una piara que en algo la estime la afición. Tomaron entre los seis toros 47 puyazos, derribaron quince veces á los picadores, y no obstante, las deficiencias y corruptelas de que adolece actualmente el primer tercio, sólo dejaron para el arrastre ¡CINCO CABALLOS! ¡Lucido va quedando el descendiente de Colón, y satisfecho puede estar el que da preferencia á sus bichos sobre los de otros estimables productores!

Lagartijo.—Naturalmente decaído de facultades; un trabajo de seis toros á estas alturas, tiene que ser laborioso en extremo, aun prestándose el ganado á una lidia franca y corriente; de modo que no reuniendo estas condiciones, ha de adolecer la faena de deslucida y difícil, como la ejecutada el día 11 en la capital de Vizcaya.

El trabajo de muleta que empleó el maestro con los cinco bichos á que dió muerte, sin ser malo, no traspasó los límites de la vulgaridad; ni un sólo pase extraordinario hubo que registrar, ni se advirtió en ellos la elegancia que de cuando en cuando suele desplegar en el manejo del trapo. Con el estoque, el espada cordobés estuvo verdaderamente desacerado. De las veces que pinchó, fué la mejor la primera, señalando al toro que rompió plaza, un pinchazo en buen sitio, cuya importancia amenguó el intentar en seguida el descabello y echarse el animal.

El segundo pereció de un volapié delantero. Media estocada á paso de banderillas fué suficiente para que el tercero doblara. El cuarto lo cobró con una estocada caída, cuarteando; y el quinto se acostó aburrido después de cinco pinchazos y dos medias estocadas. En cuanto al sexto, al tocar á banderillas, el público dió rienda suelta á su disgusto, armando un escándalo monumental, interrumpiendo la lidia, arrojando al redondel botellas y otros objetos, y

manteniéndose en esta actitud hasta que cerró la noche y el toro fué retirado al corral. Lagartijo clavó con elegancia un buen par de banderillas al quinto; no hizo nada de notable en la brega, y estuvo apático en la dirección.

De los banderilleros, estuvieron mejor Juan Molina, Manene, Pulga y Antolín; y trabajando, como siempre, Juan.

Los picadores algo mejor que de costumbre, y por este orden: Agustín Molina, Agujetas, Cantares, el reserva Charol y Zafra.

El servicio de Plaza, aceptable; y el resultado para la Empresa, morrocotudo; para el arte, deplorable.

Lagartijo descansará el domingo 14, y hará su despedida en Barcelona el 21, como ya anunciamos, con el consabido ganado de Veragua. ¡Dios mejore las horas del veterano!

DON CÁNDIDO.

SEVILLA

CORRIDA DE TOROS VERIFICADA EL 11 DE MAYO

Compañían el programa de la función seis toros de don Anastasio Martín, lidiados por Espartero y Guerrita. El público no ha respondido al llamamiento de la Empresa, habiendo estado desocupadas una gran parte de las graderías de nuestro Circo.

Los toros tampoco han respondido á las esperanzas que su buena presencia y el crédito de la ganadería nos hicieron concebir. Sólo los lidiados en sexto y primer lugar, han merecido el calificativo de buenos. Los restantes han sido blandos en el primer tercio, y han mostrado poquisima voluntad, teniendo por estas causas que ser fogueado el segundo. En conjunto, han aguantado 27 puyazos, dieron 13 costaladas y mataron seis jacos.

Los picadores, por no alterar la costumbre, han estado detestables, y algo igual ha ocurrido con los de á pie, como banderilleros y como peones. No se ha visto más que á Antonio Guerra tirar algún capotazo oportuno, y á Primito colocar un buen par de rehiletos.

En cambio, los espadas han mostrado grandes deseos de trabajar y conseguir aplausos, y con creces los han alcanzado y merecido.

Espartero.—Encontró á su primer toro con tendencias á huir, y que saltó al callejón al segundo pase; lo trasteó de muleta de cerca y recogiéndolo, propinándole media estocada mal dirigida, pero que fué bastante para darle muerte. En su segundo ejecutó una faena de muleta magistral: de esas que han conseguido darle fama. Un cambio primoroso y ocho pases naturales, seis de pecho y uno redondo, cinándose, desde cerca y rematándolos todos con perfección, fueron preámbulo de una estocada hasta el pomo, algo contraria, arrancándose el diestro con valentía y decisión. El público le prodigó una ovación durante el trasteo de muleta y al terminar. En su último ejecutó una buena faena con el trapo, y le atizó una estocada de la que rodó el toro sin puntilla, dando motivo á una nueva y prolongada ovación. En quites ha estado activo, parando y ejecutando algunos de indiscutible mérito. Dirigiendo, nulo.

Guerrita.—Ha llevado á efecto quites soberbios, unos de adorno y otros con suma valentía, sobresaliendo tres ó cuatro *largas*, que ejecutó y remató con limpieza.

Dió muerte á su primer toro de un pinchazo buenísimo y media delantera, precedidos de un trabajo de muleta de mucho lucimiento. Con el segundo estuvo muy bien con el trapo y le atizó media estocada que hizo innecesarios los oficios del cachetero, obteniendo en ambos ovación grande. En el último toro, después de darle tres pases redondos y uno de pecho, buenísimos, cita á recibir y pincha en hueso; vuelve á llamar al toro con la muleta, desde la misma cara, queda inmóvil ante la acometida de la res, y deja una estocada corta muy bien señalada, ejecutando la suerte suprema de recibir. En ambas ocasiones salió el diestro por la cara, efecto de no dar salida al toro, que realmente era imposible, dado la cortísima distancia desde que verificó el cite; á excepción de este detalle, la suerte que Guerra ejecutó no careció de ninguno de aquellos que citan los maestros para la perfección de ella.

En suma: una corrida en que Manuel y Rafael han demostrado que pueden muchísimo, y que cuando tienen voluntad no hay para ellos toros malos. El poco público que ha asistido se ha entusiasmado con ellos, y no ha cesado un momento de batir palmas, que han ganado los diestros con su excelente trabajo. Mi aplauso insignificante á los dos, y mi enhorabuena al maestro Sr. Sánchez Neira, á cuyas excitaciones sin duda obedece la suerte hoy practicada por el segundo Rafael.

GIRALDILLO.

La corrida anunciada para ayer, tuvo que suspenderse por el temporal, y se verificará, si aclara el horizonte, pasado mañana miércoles, correspondiendo á la 8.^a de abono y última de la primera serie. La renovación de dicho abono, comienza hoy lunes.

Imp. y Lit. de J. Palacios. — Arenal, 27. Madrid.

Teléfono 133.